

Testimonio

Gregorio Quispe Apaza

VOY A CONTAR un poquito mi vida. Yo me llamo Gregorio Quispe Apaza y vivo en la comunidad de Cayacaya, distrito de Putina (Puno). Somos dos hermanos, un varón y una mujercita. Mi hermana nació en Bolivia, porque mi padre, cuando hubo sublevaciones y luchas con los hacendados, creo que en 1930 o antes, se fue a Bolivia, a las minas de Oruro y allí se casó. Mi hermana nació allá y yo aquí en el Perú, en Cayacaya. Yo no tengo mucha educación, solamente estudié hasta segundo año de primaria, porque mi papá no tenía plata para mandarnos a otro lugar para seguir más y también porque en mi comunidad sólo había una escuelita con una maestra hasta segundo año; ya no se podía más, aunque yo quería, pero, cuando no se tiene plata, por más que tengas ganas no puedes y allí nomás te quedas; es que mi mamá murió, no sé con qué enfermedad, cuando yo tenía 9 años y desde entonces mi papá era padre y madre para nosotros, pero no podía educarnos más. Creo a los 10 años estuve en la casa del Dr. Juan Chávez Molina, dueño de la hacienda Churura, que ahora es SAIS Churura; ahí trabajaba, es decir, el Dr. me tenía en su casa y yo le servía. Cuando yo era jovencito venía a nuestra comunidad un padre joven y bueno, Julio Gonzá-

lez, después supe que era obispo, y nos enseñaba catecismo, nos hablaba de nuestra situación; recuerdo que los mayores se reunían con él para tratar asuntos de la comunidad; cuando los comuneros iban a Puno a ajetrear reclamos, dicen que el Sr. Julio González les ayudaba y les daba alojamiento; mi papá me decía que hasta tomaban café en su casa y no les trataba con desprecio como otros padres que antes llegaban al pueblo para hacer misa en las fiestas. Yo pienso que con el ejemplo de este sacerdote y de otros que después mandó me nació la fe; hasta quería ser sacerdote, pero como no tenía estudios y como tenía que ayudar a mi padre, tuve que dejar este deseo. Mons. González, bastante después, me animó y ofreció ayudarme, pero como estaba sólo mi padre al frente de todas nuestras cositas y no quería soltarme, no fue posible.

Por los catecismos que nos enseñaron en el pueblo, primero, y después en varios sitios a campesinos que teníamos ganas de aprender y enseñar a los otros, poco a poco entré a la vida de catequista. Los padres merinoles eran quienes organizaban estas cosas; recuerdo al P. Ricardo y otros. Pero no tenía que vivir de ser catequista, de modo que busqué cómo ganarme la vida, porque ya estaba joven y no podía ser carga para mi padre. Así salí de mi comunidad en varias oportunidades a trabajar: estuve en las minas de Rinconada y Gavilán de Oro y también me fui a las minas de San Juan del Oro, y a la hacienda Picotani, todo esto para tener un poco de ropa, algo que llevar a mi casa. Como la mayoría de mi comunidad (nosotros), éramos pobres, pero no estábamos desesperados, sino confiados en salir adelante. Escuchamos en esos años, sería pues 1960 ó 62, que había mucho movimiento de los campesinos por recuperar sus tierras en muchas partes del Perú, especialmente en el Cusco; esto nos daba mucho ánimo, pero todavía no había organización y también porque los hacendados que rodeaban nuestra comunidad (Churura, Catarani, Calacala, Qaqin) no permitían que los campesinos se junten para hacer sus reclamos. Yo preguntaba a mi papá y a los mayores, porque ya me entraron pensamientos para enseñar como nos enseñaban los padres que venían de Azángaro y también servir a mi comunidad para salir del mando de los hacendados, de los abusos que sufrían de parte de las autoridades. A este respecto, quiero contar lo que los mayores nos han contado: nuestra comunidad estaba rodeada de haciendas, ahora son SAIS y empresas asociati-

vas. Sucede que había siempre enfrentamientos, porque como la tierra de la comunidad es chica, los animalitos de los comuneros entraban a las haciendas y los dueños mandaban agarrar los animales y meterlos en el corral de la hacienda; entonces, cuando los campesinos iban a reclamar, tenían que trabajar una semana o más, según la cantidad de animales apresados, para la hacienda, claro, sin recibir pago, solamente para recuperar sus animales; y esto era constante, de allí que nuestra comunidad siempre estaba peleando con los señores dueños; recuerdo al Dr. Juan Chávez Molina, familia Amat y otros que eran también autoridades en Azángaro y en Puno. Los comuneros siempre estaban en juicio, pagando siempre al abogado, viajando a Puno y haciendo memoriales para los señores de Lima. Nunca han ganado un solo juicio, porque los corte-magistrados y policías eran parientes o amigos de los hacendados y favorecían a ellos. Pero los comuneros siempre estaban peleando, nunca se han quedado sin hacer papeles ni hacer colectas para los gastos. Esto todavía he visto: mi padre fue varias veces preso, acusado de robar los ganados de la hacienda y de querer matar al hacendado, pero era mentira; la verdad era que algunas veces era delegado de la comunidad para ajetrear el juicio y estaba viajando con otros a Puno; allí les metían presos por cualquier cosa y de nuevo los comuneros tenían que hacer otro juicio para sacar de la cárcel. Una vez recuerdo que mi padre y otros llegaron a la comunidad llorando de alegría: los padres merinoles habían exigido a las autoridades que los saquen de la cárcel y ellos mismos les habían traído en su carro hasta Azángaro.

Así era antes, como cuentan los mayores, y yo he visto aliguito todavía, no pasaba eso. Los sacerdotes y los cleros estaban con los hacendados. Cuando venían a las fiestas eran sus invitados y amigos; a los campesinos se acercaban sólo para celebrar sus misas en latín y cobrar dinero por los sacramentos, recoger los "uñace" (ofrenda "voluntaria" que los alferados y celebrantes del cargo entregaban al sacerdote como reconocimiento a su servicio)*; además, el trato era como de desprecio y no de un hermano. Pero la fiesta tiene su valor para los campesinos, de modo que siempre tenía que estar el sacerdote; no había ninguna devoción a

(*) Nota de redacción.

los santos sin el cura, pero el cura no era amigo de los comuneros, sino su superior, que pedía ser honrado y pagado bien. Cuando se producían enfrentamientos, luchas y muertes de los campesinos con los hacendados, los curas predicaban la paz y la tranquilidad, de acuerdo a las leyes y las costumbres dadas por las legítimas autoridades; pero ¿qué leyes había que favorecían a nosotros? las costumbres eran que teníamos que trabajar para los hacendados y servir al cura con nuestros ganaditos en las fiestas. Todo esto comenzó a cambiar con el obispo Julio González, que se interesaba de nuestros problemas y ayudaba también con víveres a los más pobres. Aunque la pobreza de los campesinos no ha terminado, los hacendados terminaron con la reforma agraria; ellos se han ido a sus casas de Puno, Arequipa y Lima; quedan ahora las empresas, que son como las haciendas, pero de otra forma.

Participé en cursos para catequistas en Puno. Había una escuela para catequistas campesinos y allí nos encontrábamos con personas mayores y con más experiencia. Estudiábamos la Biblia, pero también hemos hablado de nuestros problemas, de la falta de la tierra en nuestras comunidades, de la pobreza en que vivíamos; no encontrábamos cómo podríamos salir del atraso de nuestro pueblo, del poder de los hacendados. Yo comencé a trabajar como catequista o animador campesino cristiano; no era fácil, pues tenía que estudiar mucho y también, como nos hicieron comprender los padres, dar un buen ejemplo. Allí también estábamos conociendo a leer la Biblia en quechua; era una novedad, porque además eran las biblias de los protestantes, que antes los padres prohibían siquiera mirar. No sólo eso, también en la escuela de catequesis nos dijeron que teníamos que ser responsables de algunas celebraciones, de liturgias, que podíamos bautizar y hacer paraliturgias, hacer la celebración de la palabra en nuestras comunidades. También era novedad esto para nosotros. Estábamos acostumbrados a esperar la llegada del señor cura para todo; además, el cura hacía misa en latín y muy rápido y no se entendía; los bautizos eran muchos cuando venía, también los matrimonios y casi nunca se atendía a los moribundos, porque el padre venía de paso y no sabía de los enfermos y cuando uno avisaba, como no podía ir lejos, quería que trajeran a los enfermos. A los catequistas nos tocaba hacer muchas de estas cosas, según nos dijeron en la escuela de catequesis. Otra novedad era que nos hablaron de nuestra cultura, de nuestras costumbres, que no eran tan

malas, de nuestro quechua, de nuestros bailes, de nuestros pagos a la tierra. Todo esto no comprendíamos mucho, pero nos hablaron y nosotros no sabíamos cómo hacer en nuestras parcialidades; nuestros compañeros desconfiaban de las cosas que teníamos que hacer; decían que éramos medios curas o que éramos adventistas, porque ellos hacen sus cultos ellos mismos sin cura. Era difícil. Por eso, al principio sólo enseñábamos catecismo a los chicos y hacíamos rezar a la gente en los días domingos y alguna vez entrábamos a la casa de los enfermos para hacerles rezar; la gente seguía esperando al cura para los bautismos y muchos chiquitos han muerto sin bautizarse. Eso era al comienzo.

Han pasado muchos años hasta que podíamos intervenir más como animadores cristianos. Al comienzo tampoco algunos sacerdotes no querían que bauticemos a los niños; decían que eso corresponde al sacerdote; creo que era porque ganaban menos si había menos chicos que bautizar en las fiestas. Al monseñor Julio dicen que lo botaron los ricos y los de arriba de la Iglesia; yo no sé muy bien, porque él era muy bueno con todos nosotros; era nuestro amigo y pastor. Hemos, los catequistas, participado en muchos cursillos, tanto aquí mismo como en Puno y Cusco. Nos hemos conocido más y también hablado de nuestros problemas comunes. Al comienzo sólo hablábamos de catequesis, Biblia, sacramentos; después comenzamos también a ver la pobreza en que vivíamos, en los abusos de autoridades y de los hacendados. Los padres que organizaban los cursillos no sólo trataban de las cuestiones de catecismo sino nos decían que ser cristiano es rechazar las injusticias, buscar los derechos de los campesinos. Por eso, cuando preparamos para la misa de la fiesta tenemos que hablar con el pueblo cómo la misa es para recibir al Señor y buscar también cómo encontrar la justicia, los derechos de todos los hijos de Dios. Hemos visto que los padres no hablan igual que antes y también no son igual que antes. Ahora se preocupan de nuestros problemas, nos dicen que Dios quiere que vivamos como hermanos en justicia, igualdad y amor, pero esto no puede alcanzarse cuando hay injusticias, explotaciones, ricos y pobres. Nos hacen comprender que Jesucristo vino a salvar a todos, pero con preferencia a los pobres y explotados, por eso se preocupan de nuestros problemas de cada día, de nuestras tierras, de nuestros animales, de la educación de nuestros hijos, de alfabetizar a los grandes, de la organización y unión para resolver nuestros proble-

mas. Todo esto nos ha abierto mucho los ojos; antes estábamos sin ver, andábamos con la cabeza gacha porque nadie nos hacía ver claro. Estábamos también entendiendo que nuestro Dios podría llegar y estar en nuestra comunidad con nuestras celebraciones, aunque sea sin sacerdote, que nuestro Dios quiere vernos en la justicia unidos con todos, que nuestra Iglesia no se olvida cuando reclamamos nuestros derechos, en cambio nos hace entender que como cristianos tenemos que lanzarnos a buscar justicia, buscar pan para nuestros hijos, para nuestro pueblo. En los "Encuentros Cristianos" hemos meditado cómo la Biblia nos enseña que los profetas eran hombres de Dios que buscaban la libertad y la justicia para su pueblo, que eso mismo teníamos que hacer los animadores cristianos en nuestras comunidades, que nuestros sacramentos son alimento para nuestro compromiso de buscar la justicia, que el Señor Jesucristo está aquí mismo cuando nos reunimos en su nombre y no quiere que vivamos desunidos, sin organización, con hambre y sin educación. Pero todo eso no baja del cielo así nomás, sino que toca a los cristianos comprometidos, o sea los seguidores de Jesucristo realizar todo eso.

No sé desde cuando exactamente, pero con el Mons. Jesús Calderón vinieron también otros padres, antes habían llegado a Putina los padres de Suiza. Con todos ellos hemos comenzado a renovar. Las madres también eran ya distintas, aunque antes también con los padres merinoles habíamos comenzado a ver muchas cosas que antes con otros padres ni siquiera podíamos pensar. Los animadores cristianos campesinos participamos ahora en nuestro pueblo celebrando la Palabra de Dios sin los padres, cuando no pueden ir, porque no hay bastantes; ahora enseñamos y organizamos a nuestros hermanos y preparamos la fiesta para que venga el padre y poder participar también todos con más conciencia de la Misa, de la procesión y también de la alegría de reunirnos y bailar según nuestras costumbres.

A mí, como animador cristiano campesino, me toca recorrer las comunidades. Allí reunimos niños, mujeres, hombres mayores para meditar la Biblia, conocer las palabras del Santo Padre de Roma, de nuestro obispo, en fin, para saber más de nuestra fe. Para las fiestas importantes de la parcialidad siempre hay preparación; para eso coordinamos con el padre, ahora hay padre en Putina, preparamos con él lo que hay que enseñar, llevamos folletos, libritos, etc., para tener con qué aprender juntos. Poco a poco, la gen-

te va entendiendo que hay que hacer así: prepararse todos juntos para cumplir bien nuestra devoción, con nuestros santos, porque eso nos da fuerzas para conseguir que seamos más cristianos, más organizados, con más solidaridad ante los problemas.

Sin que haya fiesta nomás siempre hacemos oración, lectura de la Biblia en nuestras parcialidades donde hay animador. No sólo hacemos oración, sino también hablamos de nuestros problemas, como la sequía, las lluvias, de la reestructuración de las SAIS, de la educación de nuestros hijos, de la construcción de locales comunales, del local escolar; tomamos acuerdos para los trabajos comunales, así es que nuestras reuniones son para orar y también asamblea de campesinos. Puedo decir que ahora los campesinos caminamos con nuestra Iglesia, formamos parte de nuestra Iglesia; que no sólo los sacerdotes o las monjitas que viven también en distritos son la Iglesia. Cuando nuestros sacerdotes son atacados nos levantamos para defenderlos, así hemos hecho con el Monseñor de Juli, a quien casi lo matan dos veces, así también con el padre Francisco, que fue atacado en Putina. No sólo eso, sino que llevamos a nuestra Iglesia para que sea defensora de los pobres; por eso cuando nuestra Iglesia la atacan otras gentes, o la policía o las autoridades, nosotros queremos defender.

Yo soy catequista desde muchos años ya y también ahora soy concejal; he salido elegido por la izquierda. Para mí ser catequista es servir a mis hermanos con lo poco que he aprendido en los cursillos y de los padres. También como concejal estoy sirviendo a mi comunidad. A mi entender no hay contradicción entre ser yo catequista y concejal de izquierda al servicio de mi pueblo. No sólo eso, sino que mi condición de catequista no me impide ser miembro directivo de mi comunidad y delegado pleno a la SAIS Churura, de la que es miembro mi comunidad de Cayacaya. Siendo catequista, no sólo yo sino muchos, he demostrado que puedo servir al bien de la comunidad y me han elegido. Los de izquierda de mi comunidad y de Putina no son descreídos o ateístas; me parece que son hombres entregados a servir a su pueblo. Como animador cristiano-campesino tengo que recordar a mis hermanos las palabras de amor y de fraternidad que leemos en los Evangelios; pero todo eso hay que poner en práctica, hay que hacer que se realice; yo creo que trabajando en la directiva, en el concejo y también siendo hombre de base vamos a cumplir lo que nos pide la fe: hacer que nuestro pueblo, nuestras comunidades vivan desa-

rrollados, sean hombres libres, hijos de Dios, que no anden llorando por comer y educarse. En nuestras reuniones, los catequistas nos preparamos también para ser dirigentes de las comunidades, si las bases nos eligen. Acabamos de tener el Congreso de Animadores Campesinos Cristianos de Puno. Allí estábamos todos catequistas, pero al mismo tiempo muchos dirigentes de la federación de campesinos, delegados ante las SAIS y empresas, y allí hemos dicho que seremos catequistas completos si también somos buenos dirigentes, haciendo escuchar la voz de los campesinos pobres ante las autoridades; vamos a pedir que haya candidato campesino para diputado o senador del próximo año, porque allí no hay hombres de campo, sólo senadores intelectuales de izquierda y también los partidarios de los ricos del Perú; no hay voz campesina, por eso las leyes no favorecen al campo. ¿Qué ha hecho el Sr. Belaúnde para nosotros? Dicen que la carretera asfaltada hasta Madre de Dios pasando por Puno, pero eso no lo creemos los campesinos.

Sabemos que el Papa visitará nuestra patria. Yo no sé si el Papa de Roma sabrá que existimos los pobres campesinos del Perú, del Altiplano. Qué también le habrán contado de nosotros las gentes que van a visitarlo. Quizás el Monseñor Jesús Calderón le habrá dicho algo cierto. Nosotros sabemos que vive en Roma, que es representante de Jesucristo, pero seguro que él tampoco sabe mucho de nosotros. Como del representante de Cristo, esperaríamos que conozca siquiera un poquito de nosotros, de nuestra vida, de nuestra pobreza, de nuestros sufrimientos; pero no tan sólo eso, sino que su palabra, su orientación sea para resolver la situación de los pobres del Altiplano, del Perú y de todos. Estamos acostumbrados a que las autoridades del Gobierno vengán a nuestras comunidades y nos hablen de grandes cosas, de promesas, que cuando lo dicen aplaudimos y esperamos, pero nunca llegan. Ahorita los candidatos ya nos están llegando con cara de sonrisa y diciendo que son buenos amigos, que salvarán a este pueblo del atraso; ya no creemos en estas cosas. Esperamos que el Papa no se parezca a estos, no. El Papa ponga las cosas en su sitio, que diga a los gobernantes lo que tienen que hacer para salvar de tanta pobreza; que no nos diga solamente a nosotros que esperemos, que llegarán tiempos mejores, que la esperanza es lo último que se pierde, etc. Si no viene a esto, mejor sería que se quede en su Roma, que debe ser muy lindo, muy bonito. Pero no, confiamos que el Papa

sea realmente padre y nos dé aliento en nuestra fe, en nuestra creencia, también en nuestros problemas de hambre, pobreza, enfermedades, educación. Seguramente de mi comunidad iremos una delegación para recibir al Papa.